
—Veo Luz. Distingo sombras y... formas —sintió la presión sobre las sienes—. ¿Qué tengo sobre mi cabeza?

Mientras hacía estas consideraciones, el equipo de especialistas se arrimaba ante los ventanales de la sala del despertar.

Comenzaba a percibir el entorno.

Aquellas caras representaban los primeros seres humanos que contemplaban sus ojos tras ese... letargo. Guardaba la sensación de haber vagado a través de un espacio oscuro y sin fin, durante un interminable lapso de tiempo.

Lo cierto es que habían transcurrido catorce meses desde el instante en que las imágenes del mundo exterior impresionaron por primera vez su retina.

Pero en aquel entonces no había sido capaz de discernir lo que ocurría. No había entendido los sonidos que procedentes de distintas gargantas pugnaban por transformarse en vocablos inteligibles, descifrables por algún rincón de su cerebro.

Ahora era distinto. Podía identificar las voces, sus inflexiones, el tono... y asociarlas con los que le contemplaban a través del cristal. Sí, allí estaban todos. Mary Ann Keller, menuda y bella, con su larga cabellera color azabache; Mark Cóndom, el genetista, el cerebro creador; Lucía Galera, con su expresión risueña... y aquella habitación tan apartada del mundo exterior, impregnada de ese olor a almizcle dulzón y penetrante.

Hasta ese instante no había tenido oportunidad de percibir sensaciones auténticas pues nunca había llegado a estar del todo despierto. Las sesiones de percepción que llevaba a cabo el equipo del doctor Cóndom le mantenían en un estado de semi-inconsciencia, de modo que sus sentidos captaban la información transmitida a través de medios artificiales. Grabaciones, cambios de temperatura, humedad, tacto de superficies... Cóndom había desarrollado una técnica espec-

tacular mediante la cual enriquecían su cerebro con conocimientos y recuerdos; con los más diversos sentimientos, amor, odio, ternura y experiencias vitales, tal como si las hubiese captado del mundo real.

Señales electromagnéticas de baja frecuencia atravesaban un microprocesador que las traducía en imágenes, sonidos y palabras, estimulando a la vez el resto de los sentidos.

—«Así son los colores, los objetos... las voces» —pensaba él, adormecido aún. Regresaba al mundo tras una larga ausencia, entre las brumas de un sueño que poco a poco se disipaban para mostrar ante sus ojos aquello que antes sólo tomaba forma en el interior de su mente, visto a distancia. Se sentía observador, pero no protagonista; albergaba sentimientos que ahora provenían de sí mismo y no de los impulsos de una máquina.

—«Me siento vivo por primera vez desde hace... tanto».

Ese aroma a almizcle... Recordaba perfectamente los olores con los que artificialmente estimulaban su cerebro cada vez que era despertado a medias para su entrenamiento. En aquellas sesiones preparaban tanto su mente como su cuerpo, al que ejercitaban mediante un dispositivo mecánico. Ahora, sin embargo, se enfrentaba por su propia voluntad a la idea de moverse, de ordenar a sus miembros que cumplieran las funciones para las que habían sido desarrollados.

Tuvo el impulso de sentarse en la camilla pero notó un entumecimiento que se extendía por todo su cuerpo.

La inventiva del doctor Cóndom había proporcionado los medios para hacer realidad el deseo de alguien que dos años antes había acudido a él solicitando ayuda. Alguien que obraba empujado por una firme voluntad. Desde el momento en que el doctor conoció a Hache Solo supo que ningún obstáculo le haría retroceder: aquel hombre quería cambiar. Cambiar sin renunciar a seguir siendo él mismo, alguien a quien el entorno no le resultaba amigable. El doctor escuchó los motivos que Hache expuso en su primera entrevista en el hotel, percibiendo en sus palabras el mensaje de una persona segura de lo que quería para su futuro, pero que debía resolver el conflicto con su presente. Deseaba proporcionar a su mujer Claudia y a su hijo Natham una vida mejor y para ello no dudaría en llevar a la práctica el plan que se había perfilado en su mente. Al doctor Cóndom no le cabía duda de que ese hombre haría lo que fuera para ver realizado su sueño.

Hache Solo entró como un ciclón en la oficina de inversiones y proyectos. Bajo un brazo llevaba una carpeta atestada de documentos. Con el otro sostenía su maletín de ejecutivo.

—No puedo llegar tarde a ésa reunión —decía para sí. No ahora, cuando tengo el negocio al alcance de mi mano.

Había dejado olvidadas las llaves del coche en el interior del cajón de su escritorio. Al inclinarse sobre la mesa para depositar la carpeta se topó con una nota escrita con letra menuda y destartalada. Hache leyó: —*Asunto Bahía Resort. Verme. M.R.*

—Lo que faltaba. Marcelo Rótula incordiando justo ahora. Supongo que por fin ha leído mi informe sobre el maldito complejo hotelero... ¿Qué querrá?

La forma de dar el aviso lo sacaba de sus casillas —«Esa coletilla... *verme*. Te veré en el infierno» —solía decirse cada vez que leía una de esas notas.

Dejó el maletín en el suelo y se dirigió apresuradamente hacia el despacho de su jefe. Encontró la puerta abierta.

—Buenos días señor Rótula.

Una figura obesa agachada bajo la mesa oval de madera intentaba agarrar lo que parecía un lápiz caído sobre la espesa moqueta gris. La figura levantó la cabeza revelando un rostro inflado y carnoso, cuya papada abundante bailó trémula al comenzar a hablar.

—Hola Hache ¿Cómo estás? —saludó. El tono de su voz denotaba algo parecido a una ira contenida como si estuviera lleno de aire a presión y no existiese hueco alguno por donde aliviarse.

No se debía a nada especial, era su forma de ser.

—He visto su nota sobre mi mesa —comenzó a decir Hache.

—Sí. Siéntate, tenemos que hablar.

Aquello significaba por desgracia que tendrían para rato. Hache empezó a acusar el estrés.

—«Debo decirlo ahora o estaré perdido» —pensó

—Señor Rótula, tengo una cita urgente y voy con retraso.

— ¿No será para ver a esos patanes de Red de Ferrocarriles? Si hay algo que no soporto es que me mareen yendo de un lado a...

—Se trata de Copersa. Voy a cerrar el trato —atajó.

Marcelo Rótula esgrimió una media sonrisa:

—No me gusta que utilices tu tiempo en esas cuentas de poca monta —dijo sin ocultar un cierto desprecio—. Sólo dan quebraderos de cabeza y rentas raquíticas.

Hache permaneció durante un par de segundos con la boca abierta.

—Ya le indiqué en su momento que podemos sacar mucho más a esta cuenta, señor Rótula —repuso cuando encontró la voz—. No es que sea poca cosa. Es que nuestro negocio con ellos es insignificante ahora. Ni la centésima parte de su volumen de compras...

—Más te vale que consigas algo. No es la primera vez que te oigo hablar de mejorar la cartera, pero esta no crece.

—«Hipócrita» —se decía Hache—. «Sabes perfectamente que a priori no simpatizas con nada de lo que te propongo. Lo que más me duele es que no consigo saber por qué».

—A las cuatro de esta tarde volveré a estar disponible —recordó Rótula—. Hablaremos del complejo hotelero.

Hache hizo un gesto de asentimiento y atravesó el umbral de la puerta con la cara contraída.

Su cabeza bullía. Red de Ferrocarriles, Copersa, rentabilidades, beneficios... Explotación. Eso se les daba bien. Exprimirle a uno hasta dejarlo como una vaina hueca.

—«Creo adivinar lo de Bahía Resort. Hoteles de lujo, vaya timo —pensaba—. Se habrán quedado sin un céntimo de la subvención local y ahora vendrán a pedirnos pasta. Espero despejar la incógnita esta tarde».

La Corporación, un monstruo de tantas cabezas como operaciones financieras desarrollaba por todo el mundo. Su inmensa maquinaria funcionaba incesante en un sinfín de mercados: renta fija y variable, biotecnología, inmobiliarias, inge-

nería civil, extracción de minerales... Tan pronto participaba en la construcción de una presa en Tailandia como insuflaba capital a una empresa farmacéutica o constituía una sociedad para la explotación de un parque temático.

Creaban sociedades, las fusionaban, disolvían, vendían o bien compraban negocios ruinosos para subir artificialmente su valor de mercado y venderlos en el momento justo.

La Corporación, así la conocían todos; un formidable conjunto de mecanismos interdependientes, de los que los ejecutivos formaban parte como minúsculos engranajes, condicionados a una pléyade de superiores que organizaban sus deberes y obligaciones de forma sistemática, acotando cualquier iniciativa o inquietud de cambio del individuo.

Quedaba poco margen para la promoción. Unos pocos elegidos encontraban el camino en virtud de una fortuita combinación de mano izquierda, habilidades sociales, política de despacho y suerte para caer bien, entre otras.

Los no favorecidos por ese toque mágico, pasaban sus días trabajando maquinalmente, como las ruedecillas de un sistema de engranajes.

Como resultado de su descomunal tamaño, la macro estructura se hallaba cuajada de ruedas enormes en comparación, de Ruedazas y de Soles-Rueda, capaces de iluminar con su esplendor de altísimos ejecutivos de éxito los confines de la gran empresa. Una corporación estructurada en multitud de niveles y sub-niveles como resmas de papel, que iban siendo alcanzados según el éxito del individuo, de su perfección como un elemento del sistema que ha sabido aprovechar oportunidades. Así, unos pocos escogidos experimentaban una metamorfosis desde entidades microscópicas a algo cada vez mayor, creciente hasta alcanzar un tamaño soberbio en algunos casos, monumental en otros.

No era el caso de Solo.

Este vivía en el tiempo en que se acababa de aprobar en algunos países la clonación de embriones humanos con fines terapéuticos. Por primera vez se permitía la duplicación del material genético para uso médico e investigación científica. Los manifiestos antiabortistas daban muestra de sus inquietudes:

—»Una vez que se abra la puerta a la clonación de embriones humanos se habrán establecido las condiciones necesarias para la creación de auténticos bebés clonados. Un atentado contra la ética».

Los parlamentarios habían dado el visto bueno a la reforma de la Ley de Fertilización, la cual permitía utilizar embriones humanos sólo en investigaciones

relacionadas con la infertilidad. Para obtenerlos se utilizaba la misma técnica que para clonar a la oveja Dolly, la cual saltó a la palestra de la actualidad científica quince años atrás como gran avance de la ciencia en el ámbito de la clonación de embriones animales.

Hasta entonces, Hache Solo había aguantado. Soportaba todo tipo de exabruptos, malos gestos y desmanes de los superiores dirigidos contra su persona, para minar su autoestima y disgregar su confianza en sí mismo.

En la Corporación, ocupar un alto cargo significaba formular juramentos a principios oscuros y enmarañados, recibir privilegios que lo distanciaban de forma insalvable de los estratos jerárquicos inferiores.

—¿Qué te ha animado a interesarte por los de abajo, cuando sabes que has de dedicar por entero las fuerzas a impulsar tu carrera? —decía uno de ellos a su subordinado inmediato, en ejemplar conversación al borde de la piscina de *termo-burbujas*. Esta había sustituido desde hacía años al conocido *yacuzzi*. La sala exclusiva para grandes mandos corporativos disponía de diversos aparatos de tecno-masaje, para dar tersura a las carnes de aquellos ejecutivos entrenados para la contienda en comités y reuniones alrededor de una mesa, pero muy poco habituados al ejercicio físico.

—No se equivoque, colega. Los de abajo nunca atraen mi atención más allá de lo estrictamente necesario —contestaba el otro, al tiempo que se instalaba en la máquina *multi-táctil*, concebida para estimular la sensibilidad corporal.

—Entonces he de pensar —comentaba el de mayor rango, mientras salía del burbujeante baño— que le ha impulsado otro motivo para dar el visto bueno al informe Roscow, de su subordinado Antúnez. Yo lo rechacé y se lo remití a ese... Rótula para que lo archivara en la papelera.

—Claro... quise que el mismo Antúnez se preparase su tumba. Le impedí que viera lo inconveniente que resultaba el informe a los ojos de usted.

—No le quedarán ganas de demostrar que es competente... nunca más —concluyó el otro.

Aquella muestra de desdén hacia la iniciativa individual tenía una sola explicación: la antipatía personal que causaba en aquellos dos el desgraciado Antúnez. Este no hizo nada especial para merecerlo, solo que no le acompañó la suerte.

Obviamente, todo aspirante a un nivel superior en el sistema debía dominar magistralmente los recursos propios del trepador, tener el estilete afilado y

a punto, potenciar sus cualidades innatas de depredador, su olfato de rastreador del éxito, en fin, para obtener algo muy preciado, esencial: el favor del jefe.

Hache Solo sintió un deseo irrefrenable de acabar con todo, de romper barreras antes infranqueables, de acceder a niveles altos, muy altos, en la Corporación.

El modo de llevarlo a cabo era una idea que se debatía en su mente intentando cobrar forma.

¿Cuándo llegaría el momento?

La mañana lucía espléndida. Los brotes herbáceos sobre la tierra oscurecida por la humedad cubrían el suelo con una llamativa gama de tonos de un verde intenso que se extendía por toda la dehesa.

Hache podía admirar aquella hermosa panorámica desde el ventanal Norte del salón, el mirador donde se retiraba para abstraerse de lo mundano y olvidarse del paso del tiempo.

Tuvo suerte al encontrar aquel piso —«... de orientación justo en el eje Norte-Sur, de modo que nunca recibe el sol de lleno. Eso en verano se nota» —decía el anterior propietario — ... Y en invierno se caldea enseguida, ya lo verá...

Su casa era de las pocas satisfacciones que le había deparado la vida a Solo en los últimos tiempos.

Otra de ellas era su hijo Natham de tres años, fruto de su matrimonio con Claudia, Bióloga con plaza fija de profesor numerario en la Universidad Autónoma de Madrid, donde la había conocido hacía una década siendo ella alumna de segundo curso. Él estudiaba cuarto de Ciencias Físicas.

Se casaron tras un corto noviazgo, en la Capilla de Nuestra Señora del Séptimo Cielo, perteneciente a La Puebla, la ciudad de provincias donde ella nació.

No se puede decir que el matrimonio fuese aplaudido por las respectivas familias. Los padres de ambos pensaban que era demasiado pronto para atarse el uno al otro. Habrían deseado que los dos jóvenes esperaran algunos años más, con la idea de que el tiempo les haría madurar, ser más serenos, no tomar decisiones precipitadas... Hache y Claudia estaban bien seguros de sus intenciones respecto a llevar una vida en común y el matrimonio les había parecido una estupenda decisión desde el principio, así que las dos familias hubieron de pasar por el aro de ellos y olvidarse de prejuicios.

Pero cuando hubo transcurrido el primer año de casados y no había llegado aún la descendencia la pareja volvió a sentir presiones.

Ofelia, la madre, lo apremiaba:

—Hijo, un matrimonio como Dios manda debe consumarse trayendo hijos al mundo, ¡como Dios manda! Por experiencia te digo que las parejas sin hijos no son estables. Acuérdate de tu prima Encarna, que a los pocos meses de trasladar su residencia a Barcelona por el trabajo de Eduardo, decidió separarse «amistosamente» ¿Y qué hizo luego? Volvió a Madrid y está viviendo sola; a sus treinta y ocho años y sin el calor de unos hijos que la hagan compañía...

—Estoy seguro de que no lo lamenta. Ese patán de su ex marido le hacía la vida imposible.

—Hijo, qué descortés eres. Si te llevabas muy bien con él...

—Eduardo era un machista y un reprimido. Su mala leche se debe a frustraciones personales.

—Si hubieran traído hijos al mundo se habrían sentido más unidos, Hache. No lo dudes.

Se hallaban en casa de la madre, un piso del distrito de Retiro, en un edificio clásico del Madrid de clase media acomodada. Lo había heredado de su difunto marido, un militar del Cuerpo de Artillería que alcanzó el rango de Teniente-Coronel de Zapadores.

Aquella tarde Ofelia había llamado a su hijo con la intención de ir a una tienda de antigüedades del polígono Sur para luego tomar café y torteles en la casa del Retiro. A Hache le había parecido que no podía rechazar el ofrecimiento. Su madre deseaba decirle algo. Lo sabía.

—Los hijos... Mamá, no dramatices, que te conozco. No es que no queramos tenerlos, es que aún no han llegado. Hace tiempo que lo estamos intentando.

—Hijo mío, hay casos en los que es necesario... someterse a... la prueba—. Doña Ofelia evitaba mirarle directamente a los ojos.

— ¿Te refieres a que uno de los dos puede ser infértil? ¡Vaya tontería!

—Id al médico —insistió ella—. Ante todo hay que asegurarse...

—Déjate de chorradas mamá y olvida tus manías. Claudia y yo lo deseamos más que tú.

—Tu tía Berta también se lo tomó con calma... y no fue madre hasta los treinta y cuatro. Nunca encontraba el momento adecuado —exclamó

Doña Ofelia, y se ajustó el camafeo de aguamarina que llevaba prendido en la chaqueta.

—No estamos dando largas al asunto mamá. Simplemente no ha llegado el momento —Hache acariciaba el lóbulo de su oreja izquierda; lo hacía cuando se sentía incómodo, como un acto reflejo.

—A mí me parece que no estáis por la labor... exclamó ella con tono algo compungido.

Ofelia se dirigió hacia la puerta y cogió el bolso. Se repasó el lacrimal con un extremo del pañuelo, el cual no se humedeció.

—Bueno, hijo. Debemos salir ya o la tienda cerrará...

Hache conocía muy bien a su madre. Interpretaba el papel de madre doliente a las mil maravillas. Y es que cuando algo la contrariaba, Ofelia utilizaba los recursos necesarios para acabar con la contrariedad; y por su santa sangre que practicaría la guerra psicológica para animar a su hijo a hacerla abuela.

Natham vino al mundo un ocho de Noviembre. Hache estaba harto del trabajo y reflejaba el cansancio psíquico que le acompañaba desde que entró en la Corporación hacía dos años.

Horas después del acontecimiento, Hache contemplaba cómo dormía su hijo al lado de la madre. El deseo de que Natham alcanzara el éxito en la vida era un objetivo que veía realizable, sólo si, si él como padre fuese capaz de... bueno, algo debía hacer sin perder un momento. Dentro de sí había algo, un presentimiento que le decía que tarde o temprano la solución iba a llegar.

El mismo día del nacimiento de Natham, Hache se había quedado embozado ante los titulares del periódico:

—«*Clonación de humanos: ficción o realidad*»

Transcurridos unos pocos segundos, el germen de una idea se abrió paso en su mente.

2 - EMBRIONES

Desde el momento en que la Ley de Fertilización Humana y Embriología fue reformada, se intentó avanzar en investigaciones sobre clonación humana con fines terapéuticos; sin embargo eso estaba condenado a ser un proceso lento, con tantas trabas como había por consideraciones éticas. A pesar de ello, se desplegó una actividad febril. Se crearon cátedras ínter universitarias para impulsar las técnicas, crecieron por doquier asociaciones para el estudio de la Biología Reproductiva y comisiones para asesorar al gobierno, como la de Reproducción Humana por Clonación. Los Centros de Reproducción Asistida fueron adaptando sus equipos técnicos y humanos a los nuevos horizontes.

En las universidades se dio prioridad a los proyectos de investigación genética. Las cátedras reorganizaban los trabajos de doctorandos y personal investigador. Se orientaba todo esfuerzo a la rápida consecución de resultados. El objetivo: la «célula protoembrionaria», la que daría pie al cultivo posterior de los paneles de embriones en crecimiento. En cada panel se cultivaban una docena de embriones humanos, que podían desarrollarse plenamente con una probabilidad de éxito del ochenta y cinco por ciento. El quince por ciento de fracasos pasaban a «Clasificación doble M» o modo minorante.

Todo este sistema, en apariencia bien organizado y controlado, adolecía de debilidades en algunos eslabones de la cadena, la cual estaba formada, entre otros, por el director del Centro investigador que desarrolla la idea, el equipo que la pone en práctica, organismos de la Universidad en cuestión que rigen los proyectos, los aprueban, modifican o suspenden... y también por aquellos elementos intermedios que mediante la intriga y la especulación buscaban alternativas para mejorar su status socioeconómico; delincuentes de la ciencia agazapados a la espera de una oportunidad.

En este caso, el indeseable tenía por nombre Eric Van Möeller. Aunque Sociólogo de carrera, su experiencia se forjó en el comercio internacional, donde hizo fortuna con sus acciones delictivas que llevaba a cabo sin dejar huella. Las autoridades nunca habían llegado a descubrir su implicación en el tráfico de órganos, el comercio con drogas o el suministro de armamento nuclear, principales fuentes de su riqueza.

Hache Solo conoció a Eric en la Universidad Autónoma de Madrid, allá por los años de actividad del CLONA, el primer partido político que abogó por la defensa de la clonación de embriones humanos y que contribuyó decisivamente al desarrollo de la Ley de Fertilización y Embriología, la cual permitió la utilización de dichos embriones para investigación terapéutica, pero descartaba cualquier aplicación con fines reproductivos.

Eric Van Möeller atrajo enseguida la atención de Hache. El facineroso daba la imagen de un honrado luchador hecho a sí mismo. Hache veía en Eric la figura de un triunfador al entender que el capital que había amasado, creciente día a día, era fruto del denodado esfuerzo que entregaba a su negocio de importación-exportación. Y compaginar eso con una carrera universitaria suponía la culminación de un logro al alcance de pocos, según la escala de valores de Hache.

Lo que no sabía Solo es que su venerado amigo nunca había llegado a graduarse. Que si llevaba ocho años en la Universidad no se debía a la dificultad de atender una carrera, al tiempo que ejercía una encomiable labor como hombre de negocios sano y próspero, sino a utilizar el Colegio Universitario donde se alojaba como tapadera donde efectuar sus transacciones.

Por la habitación-despacho de Eric desfilaba toda suerte de personajes del mundillo de los cambalaches internacionales: Traficantes de todo (estupefacientes, alucinógenos, drogas de diseño...), mercaderes de partidas de carne, cereales y otros, provenientes de países con dudosos sistemas de control de calidad. Cargamentos de chatarra, aceros o productos químicos del mismo origen... En más de una ocasión había intervenido en el comercio de armas, cabeza nuclear incluida, lo que le había supuesto más de un enfrentamiento con representantes de la ley.

Pero era pingüe beneficio y además siempre salía indemne.

Para Eric, ver crecer su fortuna era su mayor motivación y el Colegio Bruni le ofrecía el anonimato que necesitaba para obrar impunemente.

El hecho es que campaba por allí a su antojo. La Dirección ofrecía a sus internos la posibilidad de disponer de un ordenador personal en la habitación, conexión a Internet, etc. El traficante gozaba de todas las facilidades para operar.

Así las cosas, Hache jamás sospechó nada de lo que tan hábilmente ocultaba Van Möeller.

Cuando, después de su etapa universitaria, ambos separaron sus caminos y Hache encontró trabajo en la multinacional, su amigo Eric representaba para él la esencia del hombre admirable, recolector de éxitos a quien nada puede parar en su camino hacia la cima del mundo.

Para Eric, quien celebró la licenciatura en Físicas de Solo invitándole a un tentempié en el bar de la Facultad, su pobre amigo no suponía más que un apunte borroso y breve en su vida.

—Acabará de ruedecilla en una multinacional o de Don Nadie en las entrañas de algún Ministerio— dijo para sí cuando se despidieron tras el ágape.

Transcurridos siete años desde aquel adiós, Hache reflexionaba sentado ante su escritorio de la división de Informes y Proyectos, mientras contemplaba absorto a través de un ventanal los destellos producidos por el sol reflejado en un edificio cercano, enteramente de cristal.

Enfrentado a su abismo, a un vacío existencial que le impedía continuar con la misma rutina después de cuatro años de permanecer preso del mecanismo, intentaba explicarse el por qué de su lento avance en aquella enorme estructura empresarial de la que desconocía los ocultos resortes del poder. Aquellos que tan hábilmente manejaban los grandes ejecutivos que accionaban la maquinaria pesada. Se sentía más que nunca un pequeño elemento rodante dentro de la Corporación, sometido a leyes absolutamente quebrantables. Sus superiores le involucraban en temerarios proyectos, haciéndole trabajar hasta la extenuación, para desacreditarle después por alguna razón peregrina...

—»No, no lo has hecho bien. No seguiste nuestras instrucciones...»

Hache percibía habitualmente la sensación de que le confundían adrede, de que le transmitían instrucciones incompletas que le llevaban a situaciones críticas, a fin de demostrar si tenía las cualidades óptimas y el coraje que le permitiera resolver arduos problemas. Para algunos elegidos, salir con bien del fango suponía mejorar el palmito y cada vez se hallaban más cerca de la ansiada promoción.

A otros no se les medía con el mismo rasero y no quedaban tan bien parados. En gran medida, dependía de simpatías personales. En medida complementaria, del instinto de un buen trepador de espaldas más altas.

En la Corporación, nada se dejaba al azar. Los problemas normalmente ya vienen solos, pero allí además se multiplicaban. Debido a la intrincada organización de aquel emporio financiero, la maraña de procedimientos y laberintos burocráticos dificultaba sobremanera la labor.

—En efecto. El *controller* Sergio Adamez es la persona adecuada para darte esa información —exclamaba alguien ante la pregunta de un incauto. Este se daba de bruces contra Adamez:

— ¿Por qué me preguntas a mí? —inquiría el directivo con acritud—. No es mi responsabilidad. Habla con el jefe de sistemas...

El interfecto rebotaba una y otra vez entre personas que no le servían de ayuda, como la bola en una máquina tragaperras. Para cuando hallaba al fin al interesado, había acumulado el cabreo y la confusión necesarios para terminar perdiendo la noción de lo que estaba buscando.

—«A la mierda con esta gentuza» —pensaba Solo, mientras contemplaba los reflejos del sol a través de la gran ventana.

Es el momento en que, enfrentado al abismo, Hache siente una iluminación. Una idea se abre paso desde lo más profundo de su mente y le hace murmurar:

—Acabaré con esto.

Reflexionaba sobre sus limitaciones dentro de ese mundo de manipuladores que le maniataba, cuando pensó en algo que ahora se le antojaba lejano, pero que su intuición le animaba a considerar muy en serio—. «Con todo lo que se ha investigado sobre clonación de animales y aún no se ha hecho con seres humanos. Que si conflictos éticos, que si los riesgos; pero ese doctor americano...»

Tras varios días de dar vueltas a la idea, consultando artículos de la prensa especializada y leyendo todo lo que caía en sus manos desde que en 1997 se lograra clonar a la oveja Dolly, el impulso subconsciente de recurrir a un maestro de la Genética que le replicase, que creara un Hache nuevo con nuevas oportunidades para prosperar, volvió a aparecer; esta vez con mayor intensidad...

Así, después de varios años de vicisitudes y complicaciones, atrapado en la telaraña corporativa, Hache decide acudir a la mano experta del genetista Mark Córdom.

Este era doctor en Inmunología y Virología por la Universidad de Princeton, con una sucesión de cátedras en su palmito como la de Bioquímica de la Universidad de Maryland y autor de multitud de publicaciones de las que «*Desarrollo de la Teoría del Clon Activo*» había llamado particularmente la atención de Hache. Se trataba de una sólida colección de pruebas que aportaban justo lo que necesitaba para renacer transformado en alguien que, mejorando genéticamente el original, lograrse alcanzar el objetivo que le obsesionaba. El clon estaría allí, en su lugar de trabajo, desempeñando sus funciones... pero de otra manera.

Hache no había llegado a conocer la existencia del comercio clandestino de embriones clónicos. Los destinatarios del mismo los adquirían para muy diversos fines. Centros hospitalarios, clínicas o Institutos de la Salud los utilizaban para investigación, obtención de células para trasplantes o sustitución de tejidos dañados por enfermedades degenerativas como el Alzheimer o la esclerosis múltiple. Los traficantes trataban de eludir las severas leyes vigentes en cada país que establecían limitaciones sobre el número y aplicación de los embriones, alimentando las crecientes necesidades de los mismos por parte de los centros sanitarios que cada vez debían atender una mayor demanda. Lo que pretendían impedir las naciones era la proliferación excesiva de embriones humanos, lo cual escaparía a su control y posibilitaría que fuesen utilizados indiscriminadamente para obtener clones.

Aunque las aplicaciones terapéuticas abrían el camino hacia un futuro inmediato muy prometedor para la Medicina, el terreno estaba suficientemente abonado para que los visionarios de un mundo servido por individuos hechos a medida pusieran su empeño en producir clones en serie. El mismo Eric Van Möeller se daba un plazo inferior a dos años para estar a la cabeza de ese tráfico embrionario.

Pero nadie había llegado a clonar un ser humano.

Hache no titubeó un sólo instante cuando el nombre de Mark Cóndom resplandeció en su mente. «*Desarrollo de la Teoría del Clon Activo*» se convirtió en su libro de cabecera.

Tres meses más tarde se encontraba en la oficina, entregado a su paranoia mientras miraba la pantalla del ordenador:

«Necesito un clon». La idea adquiría cada vez mayor consistencia, pues acababa de tener la última desgraciada experiencia que hizo desbordar el vaso de su inconformismo.

Su superior Marcelo Rótula bramaba y bufaba, gesticulaba con las manos contraídas como garras. No era crispación. Era un torrente de hiel que circulaba por sus venas y le bombeaba andanadas de odio que dirigía al infeliz a través de unos ojos abombados por la ira (el globo ocular parecía inflarse por momentos) con una intensidad tal que al desgraciado le pareció apreciar que un velo flameante cubría las pupilas del basilisco.

Aquel huracán, más que articular palabras las profería. Hacía gorjear en su garganta sonidos sin timbre, en una emisión áfona ininteligible pero devastadora para la psique de cualquier persona equilibrada. Hache ya estaba habituado a las furias de su supervisor. En ocasiones, sorprendido por esos desmanes había acusado los golpes y había sentido, como un cáncer que se extendiera a toda velocidad en una metástasis desbocada, que su seguridad en sí mismo se desvanecía en el espacio infinito.

Hache jamás pudo entender de qué manera había alcanzado Marcelo Rótula aquel estado de enajenación: — ¿Será por el informe trimestral de beneficios? —se preguntaba con estupor. Debido al informe, los de la central de Sydney habían recriminado al directivo al no haber llegado este a alcanzar el objetivo previsto. ¡Lástima! Se trataba de la única filial en toda Europa que se mantenía por debajo. Hache no era más que el mensajero de las cifras, sin embargo Rótula lo retuvo como providencial rehén para descargar sobre él su impotencia y el miedo a las consecuencias que acarrearía semejante bajón en la rentabilidad.

Al principio, Hache no podía dar crédito a los cambios de humor de Rótula. Algo accionaba repentinamente un resorte en el interior de su superior, quien demostraba ser perfectamente capaz de pasar de la afabilidad a la rabia, del tono contemporizador en una conversación tranquila a la agresión psico-activa mediante un proceso que duraba unos pocos segundos.

«Extraordinario ejemplar de saurio carnívoro, muy útil para la Corporación», se decía Solo.

Los compañeros lo comentaban durante las ausencias de Don Marcelo, aunque la cautela dominaba las palabras de los contertulios:

—Parece un tanto amargado ¿no? Puede que tenga problemas familiares —indicaba Antúnez, responsable del informe Roscow—. No quisiera estar en su presencia en uno de esos ataques.... toco madera —se llevó una mano a la cabeza—.

He llegado a la conclusión de que es mejor trabajar para él como una máquina sin hacerle mucho caso. Creo que así evito provocarle.

Antúnez desconocía que el informe Roscow le acarrearía consecuencias fatales merced a aquella conversación entre grandes jefes al borde de la piscina de *termo-burbujas*.

—Pues yo no me llevo mal con él —explicó Marian, la estilizada analista de balances—. Hasta ahora no le he visto enfurecerse.

Los presentes intercambiaron miradas reveladoras de conocerse bien el percal. Lucía, una analista contratada recientemente, decidió intervenir.

—No veo por qué os preocupáis por unas palabras dichas un poco fuera de tono —comentó tímidamente—. A mí me parece un tío normal y no le he visto cabreado más que un par de veces. Debe tener muchas presiones ¿no?

—Lucía... —Hache la miró el tiempo justo para pronunciar su nombre. Después volvió la cabeza hacia el resto de compañeros:

— ¿Cuánto tiempo llevas en la Corporación?

—Unos... cuatro, no, cinco meses. Eso es, cinco...

Es obvio que aquella maquinaria no podría transmitir la mentalidad, el espíritu necesario, la actitud más conveniente entre sus empleados, si no existiera un medio común a través del cual circularan esos intangibles. No se trataba de un medio material, pues las recompensas económicas fuera del salario estaban excluidas en la Corporación. Ninguno de los elementos engranados en la maquinaria conocía incentivo material alguno.

Según el esquema existía un vehículo etéreo, un medio intangible de transmisión de la fidelidad a los principios corporativos. Una forma de conseguir objetivos segura e inmutable en el tiempo: el miedo; ese recurso que no por ser explotado de manera recurrente resultaba menos eficaz. Era la herramienta ideal, el inagotable generador del movimiento perpetuo de los engranajes, la razón de ser en la gestión del ejecutivo, tanto para los más bajos como para los otros. Todos lo experimentaban. Todos menos los ruedecillas lo ejercían.

Una frase determinada podía sugerir un significado corriente para alguien ajeno a la Corporación. Sin embargo, un empleado bien entrenado sabía muy bien cómo identificar amenazas veladas para otros o instrucciones incompletas de allá te las compongas para hacer esto o lo otro.

Eso sí, se hiciese lo que se hiciese nunca era lo más acertado. El engranaje superior siempre disponía de algún dardo en la recámara.

Como ocurrió aquel primer Domingo de Pascua.

Hache disfrutaba de la festividad con su mujer en casa de los padres de esta. Sonreían mientras veían corretear a su hijo Natham por la amplia pradera cuajada de flores. La casa de campo de La Puebla rebosaba esplendor primaveral. Cada vez que acudían allí, Eugenia y Segismundo les recibían encantados deseando disfrutar de su nieto.

Resultaba curioso contemplar a aquel señor mal encarado, funcionario de la Diputación de La Puebla, que hacía payasadas a Natham y se prestaba a todo lo que el pequeño demandaba.

Hombre conservador hasta la médula, era un fiel seguidor de principios inmutables: el colegio religioso para los hijos, las vacaciones en el chalet de San Juan en Alicante, la partidita de mus en el Casino los Viernes a las cuatro y el fin de semana en el campo, donde cultivaba un pequeño huerto al pie del monte, rodeado de olivos y zarzas.

Su forma de ser contrastaba con la de su esposa Maria Eugenia, mujer campechana criada entre vides e higueras, pero a quien su condición de heredera de un bodeguero de la región había permitido transformarse en regente de un negocio propio.

Aquel Domingo de Pascua acababan de dar buena cuenta de una parrillada de chuletas del excelente cordero que se cría en aquella zona de la Mancha. Con el talante alegre propiciado por el sabroso tinto local, observaban cómo Natham se divertía persiguiendo un pequeño gato blanco. En un último esfuerzo por alcanzarlo, el niño dio un salto tal que acabó cayendo de bruces y rodando sobre el prado. El pequeño levantó la cabeza con el ceño fruncido:

— ¡Vaya torta! —exclamó en su media lengua. Todos rompieron a reír.

Al segundo siguiente sonó el teléfono. Se miraron unos a otros y fue Claudia quien acudió a la llamada. Se adentró en el interior de la cocina campera, de una de cuyas paredes cubiertas de sartenes y cazos colgaba un teléfono.

Enseguida volvió a aparecer en el umbral de la puerta.

—Cariño, es de la oficina —avisó mientras agitaba el teléfono con una mano y hacía un gesto simpático con las cejas. Antes de que Hache cogiera el aparato, susurró—. Es ese... Crápula, no, no... Rótula —se tapó la boca para aguantar la

risa, acarició la cara de él con el dorso de la mano y salió de allí lanzándole un beso con la punta de los dedos.

Claudia procuraba hacer causa común con Hache. Con su complicidad trataba de apaciguar su ánimo, encendido por las contiendas libradas en la Corporación. Ella se burlaba del sistema y provocaba que su marido participase de la chanza, lo que resultaba ser un antídoto formidable para revitalizar su autoestima.

—Pero, señor Rótula, es un trabajo que me ha llevado semanas —la protesta se podía escuchar desde el claro de hierba donde sus padres y Claudia jugueteaban con el niño—. El análisis de costes es correcto.

A través del auricular se oía el graznido de una voz metálica:

—No has tenido en cuenta los factores de riesgo que te comenté en la última reunión ¿Cómo puedes dar por terminado un informe sin mencionar esas variables fundamentales?

—Pero esos factores son evitables según la fórmula que explico en el estudio que va a continuación. ¿Lo ha leído?

—Mira Hache, mi experiencia me permite ver de inmediato los errores con sólo hojear un informe y te digo que el tuyo es una completa gilipollez.

No era cierto que Marcelo hubiera llegado a leer a fondo el estudio, pero se permitía especular con observaciones malintencionadas, uno de los Principios seguidos fielmente en la Corporación.

En ese momento, Hache sentía que cualquier cosa que dijese resultaría contraproducente. Entendió que lo mejor era dar por terminada la conversación y despedirse con una expresión lo más escueta posible.

«No puedo creer que esto me este ocurriendo —se decía—. En mi casa y en pleno fin de semana». Una mezcla de inquietud y hastío comenzó a irritarle.

—Bien, lo reharé todo Don Marcelo.

—Lo revisarás conmigo mañana —dijo Rótula, y cortó.

Claudia se apartó de Natham y los abuelos para ir al encuentro de Hache, quien tras haber colgado el teléfono avanzaba lentamente con las manos en los bolsillos.

— ¿Qué le pica a ese memo? Será algo urgente...

—Es increíble. Lo hace para machacarme, para evitar que me relaje.

— ¿Qué harás ahora?

—Recomponer el estúpido informe —contestó él mirándola a los ojos.

— ¿Y tiene que darte la tabarra en un día festivo? ¿Es que ese desgraciado no tiene familia? Me figuro que no tendrá otra cosa que hacer más que maquinar retorcimientos en su cabecita de sapo.

—Le gusta mantener a la gente inmersa en el trabajo. Mi informe es conciso, pero el muy cretino ha dejado de leerlo en cuanto ha creído detectar un fallo.

—Es que estas cosas hay que presentarlas según lo que ellos quieren ver —dijo ella—. Olvídate de los números. Tienes que decorar el trabajo y entregarlo bien envuelto en papel de regalo. Así ganarás su... confianza.

El sarcasmo de Claudia hizo sonreír a Hache.

—Sí, tendré que olvidarme de lo que me dicta la conciencia, del sentido común y hasta de las matemáticas. Me falta percibir... lo conveniente —hizo un gesto con las manos, entrecomillando el término.

—No me veo capaz de aplicar uno por uno los Principios solemnes por los que se rige el gigante financiero, pero ellos los cumplen a la perfección.

Los dos bajaban por la cuesta que llevaba por una estrecha senda hasta la franja de chopos que poblaba las dos orillas del río. A su paso por allí, el Bullaque dejaba escuchar el borboteo de sus aguas agitándose impulsadas por la corriente en apresurada carrera hacia el valle, donde su discurrir se haría más tranquilo dando lugar a las famosas tablas, tramos del río muy requeridos por los bañistas. Cogidos de la mano alcanzaron la primera fila de chopos. Claudia se detuvo y tiró de él invitándole a sentarse. Recostando la espalda sobre la corteza blanca del tronco preguntó:

— ¿Y cuáles son esos regios principios?

Hache sonrió y habló jugueteando con un tallo de hierba entre los labios.

—Espero que no te duermas con la perorata, pero se trata de algo que aprendes al poco de entrar. Allá van:

Primero. No mojarse jamás dando indicaciones concretas ni profundizar en los análisis, pero sí exigirlo a los demás.

Segundo. Traspasar a otro u otros cualquier atisbo de problema, cuanto mayor sea el número de elementos a los que impliques, tanto mejor.

Tercero. Favorecer el surgimiento de dudas antes que arrojar luz sobre cualquier asunto que te sea consultado con intenciones de aclararlo.

Cuarto. Dar opiniones que parezcan bien fundadas, esgrimiendo los argumentos con contundencia.

Claudia escuchaba sonriente asintiendo con la cabeza. Reconocía en aquellos mensajes una suerte de principios universales aplicables a cualquier trabajo. No se diferenciaba gran cosa de lo que estaba acostumbrada a vivir en la Facultad de Biología

—Y vamos con el quinto. Este principio se aplicará en los momentos en que todo parezca ir en contra y consiste en presentar una fachada que irradie una seguridad en apariencia inquebrantable, aún cuando no se tenga la menor idea de lo que se está hablando—. A Hache le asaltó la risa—. Es algo habitual entre los trepadores.

—Y no olvidemos el sexto: En una reunión en presencia de engranajes más altos es preceptivo intentar minar la aparente seguridad de otro de tu mismo nivel, formulándole preguntas comprometedoras. Poco a poco empezará a tambalearse su autoestima y terminará dando una imagen de inseguridad bastante inconveniente ante los de mayor rango.

—En el séptimo encontramos una firme disposición de ánimo para desorientar en lo posible a los de abajo o de igual nivel, dando instrucciones en un sentido para que se tome un camino equivocado y, al pedir resultados, asegurar que las instrucciones dadas fueron otras —Hache se incorporó para recoger una de las piedras de formas redondeadas que tanto abundaban en la ribera. La lanzó con fuerza sobre la corriente que discurría a pocos metros, abriéndose paso impaciente por alcanzar los remansos del valle de la Torrecilla, a dos kilómetros de allí.

—Ahora viene algo importante —continuó— y es no dejar rastro escrito de instrucción comprometedora alguna. Aquello que no se ha escrito, sencillamente nunca ha existido.

—Eso mismo sucede en la Facultad. Como nadie va a reconocer que ha dicho algo en el pasado que pueda comprometerle en el presente, es suficiente con negarlo.

—Como ves, lo que intentan todos es hacer bajar puntos a los demás en la «Tabla de Méritos». Sabes que en toda empresa hay un baremo o escala, llámalo como quieras, que compara y sopesa a unos y otros cualquiera que sea el lugar de trabajo o la casilla que ocupe en el organigrama. Eso va con los tiempos y se ha ido transmitiendo a lo largo de la historia desde la aparición del hombre sobre la Tierra.

–Seguir estrictamente los contenidos de la Política de Recursos Humanos. Quizá sea mejor decir «disgustos humanos» –Hache alzó las manos al cielo–. ¡La Gran Política! –exclamó de forma teatral–. En ella tienen cabida las claves de funcionamiento del Mecanismo, los vericuetos por los que obligatoriamente hay que adentrarse sin posibilidad de dar marcha atrás...

Una voz resonó en la distancia, procedente de la casa.

–Eh, pareja... ¿Estáis muy ocupados?–. La delgada silueta del padre de Claudia se recortaba en el horizonte, en lo más alto del sendero – ¿Pensáis regresar ahora o lo dejareis para otro día? –bromeó.

Hache saludó con la mano en alto.

–Ya vamos, no hay prisa...

Bien Claudia, has conocido los inviolables principios corporativos –bajó la cabeza, pensativo–. Una casa de locos...

–Tómalo con filosofía. Haz como yo. Me gusta ser profesora y no permito que nada perturbe eso. Es mi coto privado.

–Cariño, yo no he ejercido nunca mi profesión. Este trabajo fue algo coyuntural. Lo que pude encontrar cuando acabé los estudios. En este país se cuentan con los dedos de una mano las oportunidades para investigar en el campo de la Física.

Caminaban de regreso a la casa. A través de la brisa fresca les llegaba el rumor de Natham, que jugaba en brazos del abuelo. El sol mostraba franjas de un naranja subido de tono, como una brasa avivada por un repentino soplo de viento.

–Pasó mi oportunidad Claudia. En la multinacional no encuentro mi lugar –se interrumpió unos instantes–. Debo cambiar mi futuro.

3 - PREPARATIVOS

El otoño había extendido su manto de hojas caídas sobre el suelo humedecido por las últimas lluvias. Algunos rayos de sol se filtraban ocasionalmente por entre la densa capa de nubes dibujando ráfagas de color en el paisaje grisáceo. Desde el mirador de su casa, Solo observaba cómo los haces luminosos reflejados en las ventanas salpicaban la zona de destellos que desaparecían al interponerse de nuevo la masa nubosa. La casa de Hache se abría frente a la dehesa, barrera natural declarada zona protegida por su vegetación abundante poblada de encinas, aunque no se necesitaron más de dos años para que la nueva autovía del Norte se enseñoreara de los terrenos, perdiendo estos su virginidad en manos de los especuladores.

Al traspasar el ventanal rebasando las cortinas doradas, el sol producía el efecto de teñir de amarillos y ocres el interior del salón, dando la impresión de estar mirándolo a través de una lente de ámbar.

Hache se sentía complacido consigo mismo por haber logrado dar lo que a su juicio era un paso de gigante en su plan de conseguir un clon.

Desde que frecuentaba la biblioteca para consultar los libros del Dr. Cóndom, Hache comenzó a desarrollar una serie de teorías sobre el contenido de aquellos de manera que al cabo del tiempo descubrió en él una facilidad especial para entender la ciencia genética. Si se hubiera dedicado a una carrera como la Medicina o la Biología, habría podido cultivar un potencial que al parecer había estado latente en él desde siempre. Tras varios meses de consultas periódicas elaboró un dossier que contenía sus análisis y conclusiones respecto a la *Teoría del clon Activo* de Cóndom. Su intención era entregárselo al doctor, desde su simple condición de aficionado, como paso previo a lo que constituía su propósito.

«Lo más seguro es que Cóndom me considere un ingenuo sin mucho seso —decía para sí—. Y eso sin tener en cuenta lo que vendrá después. Aunque

consiga superar la barrera de que me conceda una entrevista ¿cómo reaccionará ante alguien que le pide un clon de sí mismo?».

La ilusión que sentía Hache por conocer personalmente a Cóndom superaba todo intento de enfrentarse con la lógica. Si hubiera reflexionado más sensatamente habría pensado que lo más probable fuese no poder hablar siquiera con la recepcionista de la Universidad de Maryland, donde el afamado científico tenía su despacho.

Sin embargo, creyó que lo peor era estar cruzado de brazos así que enseñó a Claudia el dossier que había confeccionado respecto a las teorías de clonación de Cóndom, sabiendo que ella se interesaría por algo afín a lo que había estudiado.

Un tanto sorprendida al principio por la inesperada propuesta, consiguió empezar la lectura. En el dossier descubrió que su marido proponía una teoría: la posibilidad de mejorar los resultados en clonación si se partía de células ya clonadas, lo cual pensaba esgrimir ante el doctor como pretexto para concertar la entrevista. Hache consiguió contagiar su entusiasmo a Claudia, quien parecía dispuesta a ayudarle en tal empresa.

Claro que ella aún no conocía sus verdaderas intenciones.

Claudia le había contado en una ocasión que su jefe Honorio Pedralbes había cursado estudios durante varios años en la Universidad de Maryland, donde había llegado a trabajar junto a Cóndom. Aquello hizo pensar a Hache que Honorio podría intentar hablar con el doctor para conseguirle una cita.

Nada podía interponerse entre Solo y su proyecto y si aquel intento fallaba recurriría a otra alternativa por complicada que resultase la aventura.

Lo cierto es que tuvo suerte.

Claudia recibió una rápida respuesta de Honorio, jefe del departamento de Biología Celular.

El matrimonio acababa de plantearse tomar unos días de descanso en algún lugar cálido de clima tropical. Ambos necesitaban hacer un paréntesis en su ajetreo diario y respirar la fragancia salina del mar, olvidándose del forzado plan de vida que llevaban y que giraba irremediabilmente en torno a sus respectivos trabajos.

—Me apetece escapar a algún escondite a miles de kilómetros de aquí y disfrutar de nosotros, que ya no sabemos lo que es eso —decía Claudia mientras se arreglaba para salir a cenar.

—Al menos nos apartaremos de este jaleo durante toda una semana —aseguró Hache, ayudándola con la cremallera del vestido—. Ni un día menos.

—Mira lo de hoy. He llegado a casa pasadas las nueve y casi no hemos tenido tiempo de charlar. Porque, ¿sabes una cosa? —inquirió ella—. Tengo algo que decirte. Por fin mi jefe ha conseguido que el doctor Cóndom atienda tu petición.

Hache mostró una sonrisa reluciente.

—Vaya... después de insistir más de cien veces casi lo había dado por perdido. Estaba maquinando un plan para secuestrarle o algo así. Eres fantástica... ¿Cómo lo hiciste?

—Ejem, bueno, tuve que sacrificar mi buena reputación, ya sabes. Nos reunimos en su apartamento y... —Hache le siguió la broma—. Claro, te sacrificaste por tu maridito. Es conmovedor... —Ella rodeó su cuello con los brazos—. Honorio desarrolló una buena amistad con el doctor en los años que colaboró con él en los Estados Unidos. Es un hombre con una agenda repleta de compromisos, ya lo has comprobado y aunque llevas casi un año intentándolo puedes considerarte afortunado. Aprovéchalo...

Había intentado por todos los medios que Cóndom hiciera caso a un don nadie como él, que durante meses había estado enviando mensajes de correo electrónico a la Universidad de Maryland desde cuentas de correo diferentes para que no le identificaran como un rechazado habitual. Había llegado a dar varios nombres, presentándose telefónicamente como investigador de tal o cual universidad o redactor de alguna revista; en una ocasión intentó despistar haciéndose pasar por un editor interesado en publicar una biografía. La cortesía con que le trataban sus interlocutores llevaba aparejado un rechazo que se manifestaba en largos períodos de espera sin respuesta. Pero su oportunidad llegó por fin.

Hache se veía a sí mismo sonreír complacido ante un Mark Cóndom a quien recordaba con la bonachona y juvenil expresión de la foto publicada en su libro *Teoría del Clon Activo*. Con su proyector virtual de imágenes desgranaba secuencias que ilustraban el Plan Regenerador de su vida: escenas de un viaje a un lugar exótico paseando con Claudia y Natham por la arena blanca de una playa interminable...

Asió el teléfono con decisión y marco el número que le había proporcionado Claudia.

Al otro lado de la línea, una voz femenina de timbre cristalino le saludó cortésmente:

–Good morning. University of Maryland, Biochemistry department. May I help you?

–Hallo. This is Hache Solo speaking. I want to talk with Dr.Cóndom».

–Hallo. Dr.Cóndom is now attending a class. What do you will?

Hache expresó su intención de concertar una entrevista con el doctor y preguntó cuándo estaría disponible para atender el teléfono.

Al parecer, las cuatro de la tarde, hora local de Maryland, era el momento oportuno. Se despidió amablemente y colgó. «Eso supone que debo llamarle a las 12 de la noche de aquí. Bien, esperaré».

La voz de Mark Cóndom resonaba grave y algo ronca a través del teléfono. Hache hizo un breve resumen de su interés por dirigirse personalmente a él con relación a su publicación y experimentaciones sobre la Teoría del Clon Activo, indicándole que tenía una interesante aportación que hacer al desarrollo de la teoría para generar embriones del tipo Libre Albedrío.

–Mi colega el señor Pedralbes me ha puesto en antecedentes... Mire, casualmente el ocho de Noviembre he de dar una conferencia en Madrid en el Club Siglo XXI. A las 13:00 h me retiraré al Hotel Europa. ¿Qué tal si nos vemos allí por la tarde a las seis?

Hache acepto entusiasmado. Se despidió con manifestaciones efusivas de agradecimiento y tras colgar el teléfono se recostó en su cama, invadido por un sentimiento de gozo que le hizo conciliar un sueño profundo.

A falta de tres semanas para la entrevista, Hache regresaba de la agencia de viajes donde acababa de reservar los billetes de avión y el hotel en Santo Domingo para cinco noches.

«No me merezco menos» –se gratificaba mentalmente. «Y Claudia me lo agradecerá. Está sometida a tanto estrés con lo de la Ley de Reforma...»

La Ley de Reforma afectaba a los profesores que como ella contaban con plaza en propiedad antes de Junio del año anterior, obligándoles a pasar un examen de convalidación para conservar la plaza. Para la mayoría de candidatos, los créditos acumulados por cursos de postgrado facilitaban la puntuación mínima

requerida. Este no era el caso de Claudia. Debido a su trabajo en la guardería de su hermana Sara, a quien echaba una mano por las tardes, no encontraba tiempo para preparar el examen.

Se trataba de una labor altruista y a la que daba total prioridad por sentirse moralmente obligada con su hermana, quien no atravesaba una situación financiera saludable desde hacía tiempo. Sara no quería cerrar el negocio, pero ella sola no podía sacarlo adelante.

Claudia recordaba claramente la reciente conversación con ella. Aquel día sentía más que nunca la necesidad de librarse de la carga soportada durante toda la semana. El examen de convalidación tendría lugar dos meses más tarde, a primeros de Febrero, pero debido a su trabajo, la casa y su hijo Natham, se le hacía muy cuesta arriba aplicarse con método y constancia. Por otro lado su marido la preocupaba, quizá en exceso. Debía encontrar otro trabajo. A ella no le importaba cual con tal que a él le gustara.

Las hermanas hablaban en el jardín del pequeño chalet adosado de Sara, situado en una Colonia de la zona Sur de Madrid.

—Hay que ver Claudia, el tiempo pasa sin que te des cuenta. Me parece que todo se ha precipitado desde que Carlo y yo nos conocimos: el nacimiento de tu hijo, la compra de esta casa, el accidente... Nuestra vida en La Puebla me parece muy lejana.

—Lo que hay que hacer es vivir el presente, Sara. Es lo que importa. Para Hache y para mí la vida no es ningún camino de rosas. Mírale a él cuando vuelve del trabajo. No encuentra fuerzas para nada hasta que consigue desconectar. No lo tiene fácil. A mi me pasa lo mismo, con la presión diaria de mis alumnos o las disputas con los compañeros de claustro. Te juro que hay veces que desearía mandarlo todo a freír espárragos y retirarnos a vivir a lo más alto de una montaña. Vida sana y monacal... Sin votos —bromeó—. Y de vez en cuando... bajaríamos a la urbe para mover un poco el esqueleto. Bueno, ¡Creo que acabaríamos echando de menos todo este cenagal!

Sara rió con ganas, mostrando unos dientes perfectos que adornaban hermosamente su bello rostro de facciones redondeadas. Hubo unos momentos de silencio en los que solo se oía el sordo rumor del tráfico lejano que a esas horas de la mañana circulaba con fluidez por la Ronda Sur.

Sara carraspeó ligeramente con las mejillas aún enrojecidas por la risa. Pero una vez pasó esta, su rostro se transformó y con la mirada fija en un punto indefinido de la pared dijo a su hermana:

—Mi ilusión era tener un hijo. Desde que pasó lo de Carlo... no me hago a la idea de vivir sola, Claudia. Esta casa se me hace grande, y vacía.

El chalet fue adquirido a la constructora Fakirsa, en la que empezó a trabajar como gerente de marido de Sara, Carlo Capossi, cuando se instaló en Madrid procedente de Roma.

Perteneía a una urbanización de viviendas edificadas en lo que hasta hacía pocos años constituía un barrio suburbial conocido por El Huerto, poblado de casitas bajas de una sola planta, un vestigio del antiguo extrarradio de la gran ciudad.

Ahora, una franja de casi dos kilómetros se extendía formando un cuadrilátero sobre un terreno que el Ayuntamiento había sacado a pública subasta tras expropiar la colonia y realojar a los antiguos dueños.

No fue una casualidad que Fakirsa resultara adjudicataria. A Carlo Capossi le unían fuertes relaciones con el Concejal Pablo Limpio, quien llevaba las riendas de Urbanismo desde que Carlo y Sara contrajeron matrimonio. Pablo asistió a la ceremonia, así como los recién casados hicieron acto de presencia el día del nombramiento del Concejal.

Sara había vivido con sus padres en La Puebla hasta que le adjudicaron el adosado de El Huerto. Llevaba catorce meses alojada en la casa pagada al contado con parte del dinero que le había dejado Carlo. Este falleció en accidente de circulación dos años antes, al salirse de una curva cuando iba a ciento ochenta kilómetros por hora al volante de su Ferrari F60 recién estrenado.

Aquella tarde mientras conversaba con Sara en el jardín, Claudia pretendía evitar el recuerdo de Carlo pero Sara se anticipó:

—Tenía muchos proyectos y adoraba su trabajo en la constructora. Él demostraba tanta ilusión como yo por tener un hijo. Quizá esperamos demasiado.

—Pero si llevabais muy poco de casados ¿Cuanto? ¿Dos años?

—Demasiado tiempo.

—Mira. No tienes que arrepentirte de nada. Deberías centrarte y pensar en tu futuro.

—Es lo que me preocupa. Precisamente este mes con el Jardín de Infancia he podido cubrir gastos pero nada más. No gano nada. El mes que viene no sé que

ocurrirá, Claudia —le tembló levemente la voz—. Sabes que las dos guarderías que abrieron en el último año en El Huerto me están obligando a reducir personal. Ahora me quedan dos empleadas y no sé por cuanto tiempo.

—Me consta, hermana. Llevo varias semanas viniendo aquí a echarte una mano, pero...

—Y te lo agradezco de veras, Claudia. No sabes cómo me ayuda tenerte cerca—. Tomó las manos de la hermana entre las suyas y la miró con ternura.

Claudia habló sonriendo.

—Quería decirte algo que hasta ahora no me había decidido a comentarte —dijo pausadamente—. Carlo era de familia riquísima y el único heredero. Sería lógico pensar que tendrá un patrimonio importante a su nombre en Italia.

—Nada de eso Claudia. Su madre y él estaban enfrentados. Cuando vino a Madrid se encontraba desheredado, sin propiedades ni rentas; nada —hizo una pausa y respiró profundamente—. La madre le lanzó un ultimátum de modo que si no regresaba a Roma lo perdería todo. Y así ocurrió.

—Es increíble ¿No me dijiste que su padre lo adoraba, que lo tenía en un pedestal?

—Carlo tomó una determinación cuando vino aquí: empezar por sí mismo sin tener a su familia detrás. Quería demostrar a todos que era muy capaz de arreglárselas él solo. Esto contrarió a su padre, pero en el fondo Don Luciano comprendía bien los planes de su hijo. El problema es que la familia de la madre, los Fabrizzi, ejercen una tremenda influencia en los organismos oficiales italianos, de los que depende Don Luciano para desarrollar con éxito sus negocios tan ligados a impuestos y licencias estatales. En su celo por evitar enfrentamientos con su familia política, Don Luciano renunció a defender a su hijo. No quiso correr riesgos pues los Fabrizzi tienen ojos y oídos en todos los rincones y temía que descubrieran cualquier maniobra por su parte para favorecer a Carlo con dinero, tierras o cualquier otro bien. Aunque estoy segura de que ha tenido que sufrir profundamente la muerte de Carlo y su anterior pasividad le estará torturando.

—Y ahora que ha muerto su hijo ya no querrá ni oír hablar de la viuda— intervino Claudia, enérgica—. Sigue dispuesto a no ceder un ápice en su carrera hacia el enriquecimiento infinito. ¿Qué supondría para él enviarte todos los meses una cantidad? No creo que los Fabrizzi detecten algo de tan poco calibre.

—Tiene las manos atadas. Y yo no haré nada para buscar compensaciones económicas. Superaré por mí misma esta mala racha y sacaré adelante la guardería. Se lo debo a Carlo.

—Me encanta que tengas esa fuerza interior, hermana—Claudia se levantó del sillón, se acercó a ella y la abrazó fuertemente. Las lágrimas afloraron humedeciendo el verde aguamarina de sus ojos.

—En fin, no puedo quejarme demasiado—reconoció Sara—. Carlo me dejó lo suficiente para comprar esta casa y montar mi negocio. Mantendré el Jardín de Infancia, Claudia.

Carlo Capossi nació en la Toscana Central, en San Gimignano, la ciudad de las torres medievales. Vino al mundo dotado con ese aire extrovertido irresistible que acompaña a algunas personas y les permite tomarse licencias vedadas para otros. El padre de Carlo era el dueño de una fábrica de vidrio, tres hoteles en Roma y numerosos locales comerciales repartidos por la Toscana. Tal como había sido criado su único hijo, este disponía de todo lo necesario para haberse visto convertido en un vago redomado, un parásito niño de papá como muchos otros que Carlo tan bien conocía, antiguos compañeros de carrera que acudían a las clases con sus Ferrari, pisando el acelerador y provocando el chirrido de los neumáticos no fuera a ser que el deportivo color rojo fuego por sí solo no llamara la atención.

Carlo rehuía el contacto con esa gente. Para él, la vida era ya de por sí muy gratificante como para tener que recurrir a esos espectros y fantasías en las que los otros se sumergían cada vez más buscando las máximas emociones.

Carlo disfrutaba elaborando proyectos de apertura de nuevos Hoteles. Deseaba dar continuidad a uno de los múltiples negocios de su padre, se sentía identificado con él. Luciano, hombre hecho a sí mismo, había comenzado su andadura en la vida soplando vidrio en una fábrica de Siena, al tiempo que picaba en Carrara subido a enormes bloques de mármol, para terminar al cabo de veinte años (a sus treinta y tres) convirtiéndose en dueño de la fábrica y propietario de una concesión de explotación de la cantera.

Don Luciano adoraba a su único hijo y le colmaba de atenciones, pero Carlo deseaba iniciar su propia andadura por la vida, así que decidió anunciar a todos que partiría hacia España para establecerse en Madrid. Allí empezaría

desde cero en el negocio de la construcción, el que le resultaba más atractivo y donde se sentía seguro de conseguir logros importantes. En un principio había rechazado la ayuda que incondicionalmente le había ofrecido Don Luciano en forma de acciones de Fakirsa. Sin embargo, su padre había insistido de tal manera que Carlo terminó por hacerle una pequeña concesión. El dueño de Fakirsa era un buen amigo.

—Ramón te atenderá gustoso y te acogerá en su casa. No te quepa duda que si te esfuerzas lograrás hacerte un sitio en su empresa. Accederás al Consejo siempre que Ramón haya visto en ti un digno sucesor de tu padre. Permíteme que haga esto por ti, ya que no he sido capaz de... enfrentarme a la *mamma*. Los Frascatti son poderosos... ya sabes. —A Don Luciano casi se le saltaban las lágrimas.

Carlo pensaba que no le costaría nada aceptar la ayuda de su padre y darle una satisfacción.

Lo que daría porque su madre le hubiese demostrado el mismo cariño. Carlo nunca llegó a entenderse con ella. Antonia Frascatti tuvo la fortuna de ser hija de un aristócrata de Padua, enriquecido con el comercio de la seda y propietario de uno de los mayores patrimonios privados de Italia, con una liquidez en cuentas bancarias superior a las diez cifras, todo en dólares.

—*Il mio piccolo*, —manifestaba la madre en su mansión dieciochesca de Padua, poco antes de partir Carlo—. ¿No ves que estás renunciando a administrar un patrimonio que ha costado a la familia más de cincuenta años levantar? Sabes que nunca dejaremos el control en manos de terceros, ajenos al auténtico valor que supone para nosotros —Antonia se levantó de su asiento dándole la espalda—. Si te vas perderás tu lugar entre los Frascatti —añadió con la mirada perdida en un gran óleo de Canaletto.

—No hay que exagerar madre. Hoy en día encontrareis docenas de ejecutivos preparadísimos para llevar a buen puerto vuestros negocios y administrar las propiedades. Lo que pretendo es emprender una nueva vida; aunque, y esto quiero que lo entiendas bien, ello no supone romper con la familia. Nos veremos con cierta asiduidad.

—Para mí, si te alejas de nosotros es como si dejases de existir —dijo media vuelta con rapidez—. No tengo nada más que añadir —declaró, cortante.

«Muy propio de tu carácter, Donna Antonia» —pensó Carlo—.

Resultaba habitual para él. En otros momentos había sufrido los desaires y desaprobaciones de su madre pero ya no le afectaban. Recogió su abrigo de

Armani y el maletín de piel que le había regalado Don Luciano cuando se licenció en Empresariales y se despidió de ella con un leve beso en la mejilla. Abandonó el inmenso salón de aquella casa andando a zancadas sobre el suelo de tarima fabricada con maderas nobles. Jalonaban su camino paredes elegantes decoradas con una colección de pinturas de Brunelescci, Piero della Francesca o Veronés, heredadas a través de múltiples generaciones de Frascati.

Poco después de su entrevista con Donna Antonia, Carlo se despidió de su padre en el despacho del hotel de Vía Salaria, tras una conversación salpicada de recuerdos emotivos que Don Luciano evocó nostálgico. Este abrazó fuertemente a su hijo, lamentando en lo más hondo de su ser que hubiera tomado esa determinación. Nada habría enorgullecido más a Don Luciano que poder ceder a su único heredero el bastón de mando.

Y Carlo partió rumbo a Madrid, en calidad de Director de Contratación y Obras de la constructora Fakirsa, una empresa de tamaño mediano, que realizaba obras en el ámbito de Madrid capital, principalmente viviendas y acondicionamiento de firmes.

Carlo sabía español casi a la perfección pues todos los veranos desde que era niño pasaba un mes en la Costa del Azahar, donde su padre había comprado una villa preciosa como residencia de verano; los Capossi solían reunirse allí con la familia del Presidente de Fakirsa.

Ramón Cotanegra acogió a Carlo como a un hijo a su llegada a Madrid. Le ofreció alojamiento en su casa hasta que pudiera encontrar la vivienda adecuada y fue su valedor ante el Consejo de Administración, lo cual no gozaba de la aprobación de alguno de sus miembros como comprobaría el italiano más adelante.

Conoció a la hermana de Claudia a las pocas semanas de su llegada a la capital. Sara Lopena supondría para él un soplo de vida, la fuente que alimentaría su existencia desde la ruptura con su familia.

Carlo visitaba a su amigo el Concejal Pablo Limpio en el Ayuntamiento para aclarar detalles sobre una licencia de obras. Al salir del despacho vio a una chica de pelo castaño entallada en un vestido color cereza que cruzó por delante de él sonriendo.

El tono violáceo de aquellos ojos se quedó grabado en su memoria, como los bellos rasgos de su cara llena de frescura.

–Buenos días –saludó ella. Y continuó su marcha en dirección contraria. Él la siguió con la mirada:

–Por favor ¿podría indicarme la salida? –preguntó. Aunque había estado en el edificio más de una docena de veces, no encontró una excusa mejor.

–Por supuesto, si no conoce el Ayuntamiento es mejor que alguien le indique...

Transcurrido algo menos de un año, Carlo y Sara se casaban en la iglesia de Nuestra Señora de la Almudena. Tras aquel noviazgo fugaz, los malintencionados de turno imaginaban que habría alguna prisa embarazosa de por medio pero el tiempo les demostró lo contrario.

Aquella pareja podría haberse amado hasta la eternidad. El destino, sin embargo, atajaría brutalmente su proyecto de vida en común deshaciéndolo en pedazos.

El comercio de paneles de embriones humanos había centrado la atención de Eric Van Möeller un año atrás, cuando siendo ya presidente de la Marzens International mantenía una entrevista con su mano derecha Fabio Rocco, el influyente capo de la Cosa Nostra.

Fabio invitó a Eric a Villa Giulia, su magnífica casa de las afueras de Padua, rodeada de colinas y campos de olivos.

Hablaban tranquilamente en la amplísima terraza donde todo era mármol de tonalidades verde azuladas. Las históricas canteras de Carrara, aún en activo, seguían proporcionando un material exquisito.

—Amigo Eric, te conozco desde hace años y sé que no te paras ante ningún obstáculo —indicaba el siciliano sirviéndole un cóctel Ambassador, su preferido.

Eric bebió un trago.

— ¿Qué le has echado a esto? No sabe mal.

—Es una mezcla de ginebra y *ginger-ale*, con un leve toque de canela —aclaró Fabio.

—Bien ¿Qué decías sobre los obstáculos?

—Quisiera que estudiaras la posibilidad de alejarnos del comercio de órganos para centrarnos en actividades más rentables, de menor riesgo. Ya sabes lo cerca que estuvo la Interpol de descubrir a nuestro enlace dominicano.

—Todo por culpa de aquel mendigo. Consiguió zafarse de sus cancerberos. Yo creía que esos perros de presa dominicanos eran profesionales. Me decepcionaron, Fabio.

—No volverán a hacerlo.

—El mendigo acudió a la policía, lo que estuvo a punto de dar al traste con el eslabón del Caribe—. Eric hizo una pausa y reflexionó durante un momento—. Obtuvimos cuatro millones de dólares el año pasado por el suministro de órganos

en Sudamérica ¿Sabes cuantos enfermos de países ricos alimentan su deseo de prolongar su preciosa existencia con la posibilidad de un transplante?

—Seguramente miles, pero...

—Sí, y no entiendo cómo es que piensas renunciar a esos ingresos, *signore* Rocco... —. Su mirada se clavó en los ojos del siciliano con el efecto de una súbita ráfaga de aire helado, que inmovilizó a Fabio haciéndole perder la sonrisa. Este carraspeó ligeramente:

—Eric, es... es mejor mirar al futuro y considerar otras perspectivas para hacer negocio.

— ¿Como cuales? —inquirió Eric sin parpadear aún.

Fabio encendió un pequeño cigarro puro marca Tilde, de hoja cubana, importada por una de las empresas del grupo Marzens. El siciliano saboreaba el humo aspirado en una intensa calada antes de contestar, ya con voz firme, seguro de lo que iba a decir.

—Podemos cuadruplicar lo que ganamos con los órganos abasteciendo a universidades, empresas e instituciones científicas con partidas de embriones humanos. La clonación terapéutica está en boga y aunque aún no la han aprobado con fines reproductivos podríamos ir abonando el terreno. El embrión se implanta en el útero de una mujer dispuesta a «incubarlo» en su seno y a los nueve meses nace el bebé-clon.

—Fabio, me entenece oírte hablar de bebés ¿Por qué no montas una clínica de Maternidad?

—Estaba pensando en el Instituto Marzens de estudios oncológicos.

— ¿Para transformarlo en clínica maternal? —la carcajada de Eric resonó por toda la terraza y se oyó desde el interior del salón de verano, con el que comunicaba.

Allí, la figura menuda de una mujer de piel aceitunada disponía meticulosamente una bandeja con bebidas. Anita Gómez, la criada filipina que ofrecía displicente a Fabio todo tipo de servicios, preparaba dos nuevos cócteles Ambassador sin haber distraído un momento la atención con que escuchaba la conversación entre los socios. Atravesó el umbral bajo la puerta corredera acristalada y caminó por las baldosas de resplandeciente mármol aguamarina, veteadas de franjas lechosas.

El siciliano celebró la llegada del cóctel:

—Anita sabe cuidarme. *Grazie cara* —dijo dirigiéndole una amplia sonrisa—.

La filipina devolvió la sonrisa y se retiró en silencio, moviendo con gracia las caderas.

—La ragazza vale un imperio. Lleva un año escaso conmigo y es como si me conociera de toda la vida.

—Lo he notado —exclamó Eric un tanto inexpresivo—. Así que piensas que el Instituto Marzens puede contribuir a tus planes de ¿cómo diría? ... enriquecimiento rápido con el comercio de clones. Creía que tus negocios de bebidas ya te habían hecho de oro.

Socio de la embotelladora Calissa, con una tercera parte del capital suscrita a su nombre, Fabio también era dueño de una distribuidora de bebidas situada en Messina, gracias a lo cual extendía sus influencias como traficante de estupefacientes a todos los rincones del Sur de la nación, desde su Siracusa natal hasta Toscana. Controlaba el tráfico a través del Estrecho de Messina en virtud de sus buenas relaciones con los *carabinieri*, tanto en zona siciliana como en Reggio Di Calabria. Las embarcaciones que cruzaban el mar Jónico entre Messina y Villa San Giovanni trasladaban la mercancía oculta en *briks* de zumo o leche. Estos eran preparados en el almacén de la embotelladora trabajando a tres turnos.

—Eric, la biomedicina ha avanzado mucho más deprisa que las leyes impuestas por los gobiernos. En éstos momentos sólo se permite la clonación humana con fines terapéuticos, pero estoy seguro de que pronto se hará con fines reproductivos.

Eric rió a placer. Esta vez resonó con más fuerza que antes. El eco retumbó entre los frondosos cedros del bosque colindante.

—Claro, Rocco. No hay más que pagar el precio adecuado y la Humanidad entera se beneficiará de seres hechos a medida de las necesidades de gobiernos o de intereses particulares.

—Exactamente Eric.

—Okay Fabio, yo quiero una docena. Así no tendré que mover un dedo para dirigir mis negocios. Bueno, miento, usaría uno para apretar alguna que otra tecla del ordenador o del teléfono móvil. Organizaré todo desde el salón de mi casa... —Van Möeller bebió un largo trago de su cóctel. Se llevó tres aceitunas de golpe a la boca.

—No veo garantía alguna en emprender la aventura clónica, Fabio —masculó a continuación—. No sabemos nada acerca del comercio de embriones ni de quién o quienes están ahora detrás de esa trama...

—Yo sí. Se trata de Boris Scropoff, director del Centro Biomédico de Minsk, en Bielorrusia. No actúa solo. Con él colabora el antiguo parlamentario aspirante al ministerio de Sanidad Vladimir Penko, que abandonó la Duma el año pasado cuando cayó la estrella del ahora ex ministro de Industria Antonov, su íntimo amigo y también socio.

— ¿Y entre los tres lo manejan todo?

—Hay un cuarto elemento —exclamó Fabio encendiendo otro purito Tilde—. Exhaló una densa nube de humo y esperó a que se disipara.

—No sé nada de él —añadió—. Sólo que se trata de un contacto que colabora con ellos desde los Estados Unidos. Debe tratarse de un personaje muy introducido en los foros... —En ese momento Anita atravesaba la puerta acristalada con el teléfono inalámbrico en la mano.

—Señor, una llamada de la embotelladora Calissa. Parece urgente.

—*Grazie Anita, portarmi il telefono* —Fabio dejó la copa sobre la mesa de roble.

—Rocco al habla.

—Señor, soy Siro. La policía ha estado husmeando por la planta. El inspector Sparza quería hablar con usted. Parece que un informador le ha puesto sobre la pista del último cargamento de nieve desde que atracó el carguero Lauria en Messina. Me han obligado a enseñarles el nuevo tren de embotellado, pero no les he permitido tocar nada.

— ¿Le recordaste a Sparza que él y yo tenemos una entrevista mañana en el Nautilus? Podía haberse esperado en lugar de armar jaleo ¿Le ha entrado la prisa de repente o qué?

—Parecía alterado, Rocco. Se lo recordé y me aseguró que te llamaría esta tarde. Se fue sin más con sus dos sabuesos, que no paraban de dar vueltas alrededor de la empaquetadora.

—Bien Siro, gracias por la información —colgó y se quedó pensativo con el teléfono en la mano.

— ¿Desea realizar alguna llamada? —preguntó Anita.

—No, no... Llévate lo —dijo Rocco, como despertando de su perplejidad. Entregó el teléfono a la filipina y esta se retiró discretamente.

—Es increíble la ambición de ese perro de Sparza. Le tengo en nómina desde que instalé la embotelladora pero parece que no es suficiente el sobre semanal que le hago llegar.

—Algo habrá de cierto si va por Calissa buscando indicios. Tiene un informador ¿no?

—Mira Eric, a Sparza le gusta sorprender de cuando en cuando con alguna intervención teatral de este tipo, sólo para recordarme que no baje la guardia con él. Es una mosca cojonera.

Van Möeller apuró su cóctel.

—Bueno, se me ha hecho tarde Rocco —anunció al cabo de unos segundos. Se puso en pie agarrando su bastón de acero macizo, báculo que le servía de gran ayuda cuando le atacaban sus crisis reumáticas.

—Agradezco sinceramente tu hospitalidad... y tu preocupación por adherirnos a las nuevas tendencias del comercio—. No tengas en cuenta mis burlas —añadió sonriendo ligeramente—. Con lo del tráfico de clones has despertado mi interés, créeme. Espero que en breve podamos seguir hablando del asunto. Quisiera estudiar contigo la situación actual de ese mercado y qué posibilidades tenemos de hacernos con el control. Pero cuidado, no quisiera meterme en algo que tenga más de ciencia-ficción que de realidad. Eso no da beneficios. —Caminó lentamente dirigiéndose a la escalera de alabastro que comunicaba con el exterior.

—Respecto al tráfico de órganos —dijo, deteniéndose un momento— pensaré si continuamos o no con ello. Voy a Santo Domingo mañana.

—Que disfrutes del viaje. ¿Practicarás la pesca en los islotes de Samaná?

—Antes quisiera pescar a mi contacto en Cayo Levantado. Debo aclarar lo del asunto del mendigo. No podemos dar más pistas a la Interpol.

—Veo que te encargaras personalmente. Pensaba que dejarías para mí el trabajo.

—Me ocuparé yo. Hablaremos a mi regreso.

El viaje a Santo Domingo resultó provechoso para Eric, quien saldó cuentas para siempre con su fracasado contacto; los cocodrilos de Lago Enriqueillo dieron buena cuenta de él.

Eric decidió mantenerse alejado del comercio de órganos humanos al menos durante una temporada. Hizo un paréntesis de dos semanas durante las cuales permaneció ajeno al mundano trapicheo de sus negocios, retirándose a una cabaña oculta entre los cocoteros de las Terrenas en la costa Noreste de la isla; un entorno estudiado para satisfacer al turista que busca tranquilidad.

Ese descanso sirvió a Eric para plantearse cómo entrar en el comercio clandestino de embriones clónicos, no con fines terapéuticos sino con el objeto de desarrollar individuos a medida del peticionario del servicio, de la entidad médica de turno, del Estado necesitado de personas que cumplieren ciertos requisitos o instituciones de carácter científico que quisieran materia prima para investigación genética.

En esos días, Eric vio clara la oportunidad de negocio que se presentaba: reunió información de diversas fuentes respecto al proceso bioquímico de la clonación, sobre investigadores de prestigio en ese campo, su currículum, obras y actividades. En Internet encontró noticias sobre el controvertido doctor Hopkins, famoso por afirmaciones como: «Traeré al mundo niños clónicos para ayudar a parejas estériles», lo que conduciría según otros al riesgo de transmitir la infertilidad a la descendencia. También hablaba de reprogramar células de la piel para curar el cáncer, utilizando técnicas de clonación.

«Otro que busca el enriquecimiento rápido», pensó Eric.

Pero quien llamó poderosamente la atención del traficante fue un tal Mark Cóndom, catedrático de la Universidad de Maryland, con tantos títulos publicados sobre el tema como negocios poseía el facineroso por todo el mundo.

Supo de él que viajaba asiduamente a Madrid para atender sus investigaciones en el Centro de Biología Molecular y que en ese momento era la mayor autoridad en experimentación genética. Pero parecía rehuir la publicidad, procurando mantenerse estrictamente dentro de los círculos científicos.

“Me emplearé a fondo en esto” —decía para sí Eric—.

Tras dos semanas de estancia en Las Terrenas llamó a Fabio. Al otro lado del teléfono móvil, el siciliano respondió a la llamada con un «*Bon Giorno*, Eric», al identificar en el visualizador digital el conocido número del fundador de la Marzens International.

— ¿Que tal las caribeñas en esta época del año? Dicen que durante el invierno tropical son aún más ardientes que en el estío. ¿Es eso cierto?

—Óyeme Fabio. Quiero que te pongas en marcha y me envíes al número de fax que te apuntarás ahora, un esquema lo más completo posible sobre la organización del comercio de embriones; quiero nombres y apellidos, contactos, quién está en apuros o lo ha estado y por qué, direcciones, teléfonos. Todo al detalle.

– ¡Uf, Eric! –resopló Fabio–. ¿Solo eso? ¿Y cuanto crees que me llevará? No va a ser cosa de poco, amigo. También correré riesgos...

–Dentro de seis semanas estaré en Madrid. Para entonces debo saberlo todo acerca del tráfico de embriones.

–Así que tus vacaciones en el Caribe te han despertado el interés por... la Genética.

–No ha sido algo casual Fabio. Me atrajo tu propuesta de buscar nuevas oportunidades. Y de vacaciones nada. Llevo aquí mucho tiempo recopilando todo lo que hay escrito sobre clonación –respiró profundamente–. Tendremos bastante de que hablar en Madrid.

–De acuerdo, Eric; *mani al lavoro*. Que sigas disfrutando de tu... retiro.

En poco menos de las seis semanas de plazo impuestas por Eric, Rocco le puso al día sobre el mecanismo que accionaba la red tejida por Scropoff y Penko. La venta de paneles de embriones se extendía hasta la costa este de los Estados Unidos.

Tras estudiar el panorama atentamente Eric comenzó a elaborar su plan. Hizo circular el bulo de que Scropoff se reservaba información sobre algunas operaciones de venta de embriones en las que se habría apropiado de los beneficios. Una llamada telefónica a Penko que sembró dudas sobre la fidelidad de su socio les condujo a un primer enfrentamiento. Posteriormente, recibió el aviso de que en el Centro Biomédico de Minsk había un paquete en recepción que debía recoger. Se trataba de falsas copias de extractos bancarios en los que figuraban varios ingresos en beneficio de Boris Scropoff y fotografías trucadas en las que aparecía hablando con Antonov en un café del centro.

¿Un encuentro casual?

Por más que el pobre Penko quería esclarecer sus dudas hablando cara a cara con los implicados, estos no podían hacer más que intentar convencerle de su error. Que alguien manipulaba la información, que todo era basura...

No reflexionó serenamente sobre quién estaría detrás de todo aquello. El por qué se habían tomado la molestia de reunir todas esas pruebas y qué perseguían con ello es algo que le traía al fresco.

Su carácter débil e impresionable le llevó a juzgar culpables a sus hasta entonces socios y amigos, con una ofuscación que le impedía asimilar ningún razonamiento sensato.

Seguían llegándole extractos de operaciones bancarias, títulos de propiedad a nombre de Scropoff y Antonov, escrituras de constitución de una empresa en la que ambos figuraban como Consejeros... Se hallaba desconcertado, sin saber qué hacer.

Hasta que recibió nuevas fotos.

Solo un experto en infografía habría notado la superposición de imágenes que el escáner de un hábil informático había diseñado para Eric: la mujer de Penko besándose con Scropoff en el interior de lo que parecía la habitación de un hotel de Minsk.

Vladimir Penko tuvo muy pocos arrebatos de ira en su vida. En uno de ellos, cuando servía en el ejército, fue capaz de superar su timidez y arrancar de un mordisco el lóbulo de la oreja a un compañero de filas en una disputa por un bocadillo.

Años después, mientras paseaba con su mujer por la ciudad, un borracho que pasaba por su lado tropezó y se abalanzó sobre ella arrojándola al suelo, de forma tan brusca que esta sufrió un fuerte golpe en la frente.

El borracho reía sentado sobre la acera. Sin pronunciar palabra, Penko se dedicó a patearle la cabeza como si se tratara de un balón de reglamento. Nadie vio el incidente, pero agarró a su mujer del brazo y los dos salieron de la escena a toda prisa.

El alcohólico murió a las pocas horas en el hospital de la beneficencia como consecuencia de un derrame cerebral.

Eran las seis de la tarde de un lunes particularmente frío en Minsk. La nieve caía sin cesar desde hacía varios días acumulándose en tejados y ventanas. Los transeúntes iban con cuidado al caminar por las calles heladas, quedando expuestos a los desprendimientos de nieve que se precipitaban desde los aleros más repletos.

Un peatón permanecía de pie sobre la acera esperando a que el semáforo le permitiera cruzar la calle. El hombre protestó cuando una porción compacta de masa helada cayó sobre su hombro. Miró hacia arriba y comprobó que procedía del alféizar de una ventana que alguien había abierto en la tercera planta del Instituto Biomédico, el edificio situado a su espalda.

En la sala de juntas, dos hombres observaban circunspectos el semblante demacrado de Vladimir Penko, lo que evidenciaba que probablemente se había pasado la noche entera en vela.

—Bien, Vladimir —dijo Scropoff—. Nos tienes intrigados. Tu llamada de anoche a última hora y toda esta ceremonia de convocarnos en la gran sala...

Penko miró a los dos con el rostro inexpresivo. Su palidez contrastaba con el oscuro traje de lana que parecía haber estrenado para la cita.

Al hablar lo hizo con voz desprovista de emoción.

—Sabéis que en las últimas semanas me he visto afectado por el contenido de esa interminable serie de pruebas que alguien me esta haciendo llegar con un motivo que desconozco. Más de una vez he intentado restarle credibilidad a tal cantidad de evidencias sobre vuestra confabulación, pero ha llegado el momento en que el vaso de mi paciencia se ha desbordado.

Los dos hombres que tenía frente a él se miraban inquietos.

—Olvídate de eso. Es un podrido montón de inmundicias... —dijo Scropoff con un reflejo de nerviosismo en la voz.

—Tengo pruebas suficientes para acabar con todo esto, apreciados amigos —afirmó Penko con el rostro desencajado.

—¿Acabar? ¿A qué te refieres Vladimir? —inquirió Antonov.

Penko desenfundó la nueve milímetros *parabellum* que guardaba en el bolsillo interior de su chaqueta, apuntándole directamente a la cabeza.

—N—no estás en tus cabales —gimió Antonov, mientras en un torpe intento por levantarse empujaba el armatoste de silla en la que se había sentado cayendo ambos al suelo, con su corpachón medio encajado entre las patas de madera.

—Ya te hemos dicho mil veces que te están manipulando —chilló desde su cómica postura el antiguo miembro de la Duma. Una mancha de humedad empezó a oscurecer la lana de sus pantalones a la altura de la entrepierna.

Qué bien le habría ido si nunca hubiera abandonado la vida política.

Vladimir Penko pronunció su sentencia:

—Ya no tendrás que insistir más —dijo. Y descerrajó un tiro que penetró limpiamente en la frente del ex ministro.

Scropoff se agachó para intentar auxiliar al amigo que se desplomaba a su lado. Su nuca quedó expuesta ante el asesino.

Un segundo disparo perforó el hueso occipital del cráneo de Scropoff, quien tras una sacudida cayó al suelo sin llegar a articular el «no» que pugnaba por salir de su garganta. Dos, tres espasmos más y dejó de existir.

Dos cadáveres yacían uno frente al otro mirándose mutuamente, como si sus ojos intentaran aún encontrar una explicación.

A continuación, Vladimir Penko introdujo el cañón en su propia boca y apretó el gatillo.

Se desmoronó sobre el suelo como un muñeco de trapo, notando cómo un hilo de luz se desvanecía en su interior hasta apagarse completamente. En menos de tres minutos exhaló su último aliento.

Esta fase de eliminación llevó a Eric un mes de tiempo. La jugada milimétrica-mente calculada desencadenó el progresivo desmantelamiento de la red tejida por los rusos, quedando interrumpida la producción de embriones en los distintos centros de su influencia.

En poco más de un año, Rocco y Eric se hicieron con el control. Fue como si en un circuito eléctrico se hubiera interrumpido el paso de corriente para volver a fluir tras un breve lapso de tiempo. Cada contacto en el circuito reanudó su actividad. La mayoría de los centros de producción retornaron pronto a su labor y aunque algunos cerraron sus puertas y no las volvieron a abrir, otros nuevos se unieron al proceso.

La red experimentaba un lento crecimiento. Eric y Rocco le dedicaban buena parte de su tiempo, conscientes de que aquello acabaría engrosando de forma abundante sus beneficios.

Cada vez se hallaban más cerca del objetivo.